

## Los Libros

RÁNQUIL, por *Reinaldo Lomboy*.

No busca este escritor la expresión pintoresca, la situación convencional y simpática, un Chile de cajetilla, juramentoso y farsantón. Ha encontrado en cambio un tema de acentuado localismo y lo ha vertido en novela. El ambiente, la expresión y el acento son los de la mejor literatura de Sud-América y tiene con «Doña Bárbara» y «Don Segundo Sombra» aproximaciones de orden formal que no afectan, por otra parte, la asombrosa originalidad de su tema vital, no el político y luchador que nos parece más continental y socorrido.

Advertimos en Lomboy gran fuerza y sinceridad, sin retórica para presentar la emoción, la tragedia y la acción. Sin embargo, cierta lobreguez estilística aqueja lamentablemente toda la obra. Por momentos abusa del comentario, siempre el mismo, del drama campesino, postergando la acción tan certera, segura y cierta que cada vez nos entusiasmó vivamente.

Posiblemente el escritor quedó tan impresionado por la visión del asunto que lo quiso transcribir íntegro, sin ajustes ni preciosismos, enriquecido solamente por la propia y evidente poesía que contiene lo natural, la dramática existencia.

El Biobío, Ránquil, las montañas, las hondonadas, las piedras, las araucarias, todo ese fuerte paisaje de las montañas sureñas queda inventariado en el libro. Es característico de los escritores nacionales el amor por la abrupta geografía: Mariano Latorre y Luis Durand no pierden un roble, una roca, un to-

rrente escondido para soñar e inventariar. Benjamín Subercaseaux ha escrito, sin más, un libro de geografía poética. Reinaldo Lomboy acusa fuertemente ese tesón, esa vehemencia detallista para relatar el paisaje.

«Ránquil» nos parece una solución de hombres oscuros y materiales geográficos con cristalizaciones parciales de gran novela que pudo ser mediante una mayor voluntad novelesca del escritor: sobre todo aquellos trozos del amor ilícito de Nicolás Olave y Celia y el contrabando de animales con la Argentina. El despojo de los campesinos y el levantamiento revolucionario son acciones largamente preparadas y que se leen con dificultad. Concretando: El mérito de «Ránquil» estriba en la novedad del tema descubierto y en la honradez y entereza para tratarlo que ha tenido Lomboy, desentendiéndose de toda convención cartelera y pintoresca; las páginas notables sobre el río Biobío que tiene una proximidad formal con el capítulo «La devoradora de hombres» de Rómulo Gallegos en su novela «Doña Bárbara», la fuerza y la originalidad.

Su mayor defecto, entre otros, es la falta de unidad en la trama, el atomismo sostenido en la acción y cierta cacofonía en el estilo, «... Horada el silencio el grito del tricao, se divisa el cielo acobrado, entre las rajaduras de los árboles y el pasto queda pincelado, etc. pág. 188).

Valoramos con cuidado y discreción la primera novela grande de Reinaldo Lomboy, sus posibilidades son amplias y halagüeñas; tiene tal fuerza y penetración que pueden llevarlo al primer lugar de las letras chilenas: le ha sobrado aliento, le ha faltado concreción. Un instante tiene «Ránquil» la estupenda perspectiva: «Es aquí donde nace el río, Más que nada aquí nace «el río». Las demás vertiginosas torrenteras que bajan de los faldeos cordilleranos son o el «Ránquil» o «el Chanquibil» o «el Rahue» o «el tal y el cual», pero «el río» no puede ser otro más que el Biobío».

Nosotros diríamos que hay ausencia de oficio y que la grandeza del tema inhibió y desdibujó las líneas de la novela.

Por lo demás, se dice que «Ránquil» es una novela social; este es un aspecto de indudable importancia, cuyas exigencias ha satisfecho.—FERNANDO URIARTE.



#### SOBRE LA «CONFESIÓN FILOSÓFICA» DE ENRIQUE MOLINA

A propósito de su último libro «Confesión filosófica y llamado de superación a la América Hispana» el señor Enrique Molina ha recibido del Dr. Coroliano Alberini, profesor de Filosofía y Psicología de las Universidades de Buenos Aires y La Plata, la siguiente carta:

«Señor Rector de la Universidad de Concepción, Dr. Enrique Molina.—Mi muy estimado amigo: Le agradezco muchísimo el envío de su nueva obra titulada: *Confesión filosófica y llamado de superación a la América Hispana*. Como es natural he leído su trabajo con la simpatía de siempre. Dada la trascendencia del asunto, me sería difícil ofrecerle un comentario epistolar. No puedo, por tanto, sino decirle la gratísima impresión que me ha producido este esfuerzo destinado a darnos una visión general del mundo y la vida. En forma clarísima y sumaria, pone Ud. allí el producto de su larga experiencia filosófica. Seguro estoy de que todo el mundo filosófico americano celebrará, una vez más, su noble y bella labor intelectual en materias que ahora suscitan tanto interés. Entre otros méritos, su monografía tiene el de la transparencia del pensamiento y el estilo. No es poca virtud, Como ya tuve ocasión de decirlo alguna vez, la abundante producción filosófica hispanoamericana carece de valor intrínseco. Sabe demasiado a glosa turbia del más puro gusto profesoresco, oriundo del filosofismo alemán contemporáneo, pasado por Madrid. Ortega y Gasset tiene el